

Francisco Morosini

portada / Emmanuel Cruz



La poesía en
el Quijote

FRANCISCO MOROSINI CORDERO

(Coatzacoalcos, Ver., 20 de noviembre de 1946-México Distrito Federal, 30 de diciembre de 2006). Egresó de la Facultad de Ingeniería en el Instituto Politécnico Nacional, posteriormente estudió la Licenciatura en Administración en la Universidad Tecnológica de México y realizó una Maestría en Administración Pública en el Instituto de Estudios Universitarios, aunque sus principales actividades fueron las de profesor y escritor.

Además de la docencia ocupó diversos puestos como funcionario público, incluidos los de Director de la Facultad de Comercio y Administración de la Universidad Veracruzana, en Coatzacoalcos, Ver.; Delegado Regional del Fondo Nacional para los Desarrollos Portuarios (Fondeport); Director de Gobernación Municipal en el H. Ayuntamiento de Coatzacoalcos; Director General de Asuntos Ecológicos del Gobierno del Estado de Veracruz, entre otros.

Durante mucho tiempo colaboró en periódicos, revistas y suplementos culturales, principalmente en el semanario *Punto y Aparte*, de Xalapa.

Escribió varios libros, en su mayoría de carácter técnico, aunque también destacó en literatura con siete libros de narrativa y nueve de poesía. Es autor de la letra del Himno del Estado de Veracruz de Ignacio de la Llave.

Fue distinguido con diversos reconocimientos en los órdenes académico, civil y literario.

La poesía en
el Quijote

**Gobierno del Estado de Veracruz
de Ignacio de la Llave**

Fidel Herrera Beltrán
Gobernador del Estado de Veracruz

Víctor A. Arredondo
Secretario de Educación de Veracruz

Domingo Alberto Martínez Resendiz
Subsecretario de Desarrollo Educativo

Xóchitl A. Osorio Martínez
Subsecretaría de Educación Básica

Rafael Ortiz Castañeda
Subsecretario de Educación Media Superior y Superior

Edgar Spinoso Carrera
Oficial Mayor

Andrés Valdivia Zúñiga
**Coordinador para la Difusión y Optimización
de los Servicios Educativos**

Blanca Estela Hernández García
Jefa del Departamento de Apoyo Editorial



Secretaría
de Educación

La poesía en el Quijote

Francisco Morosini

DEPARTAMENTO DE APOYO EDITORIAL

Blanca Estela Hernández García

Jefa del Departamento de Apoyo Editorial

María de Lourdes Hernández Quiñones

Jefa de la Oficina de Colecciones

María Luisa Landa Landero

Jefa de la Oficina de Distribución

Nubia A. Castañeda Moctezuma

Elizabeth Polanco Galindo

Margarita Marta Ballesteros Arzate

Apoyos Técnicos

José Armando Preciado Vargas

Ernesto Juárez Rechy

Corrección

Milena Gómez Castro

Diseño de Portada

Jennefer Malpica Guzmán

Formación

Reyna Velasco López

Sara del Carmen Solís Arroyo

Enrique Alejandro Spinoso Echeagaray

Captura

Segunda edición: 2009

D.R. © 2009 Secretaría de Educación de Veracruz

km 4.5 Carretera Federal Xalapa-Veracruz

C.P. 91190

Xalapa, Veracruz, México

Ejemplar gratuito.

Se autoriza la reproducción parcial o total del contenido, siempre y cuando se cite la fuente. El contenido de este texto es responsabilidad del autor.

Impreso en México.

Contenido

| | |
|--------------------------------|----|
| La poesía en el Quijote..... | 7 |
| Segunda parte del Quijote..... | 54 |
| Unas últimas palabras..... | 76 |
| Epílogo..... | 78 |
| Noticia bibliográfica..... | 83 |

La poesía en el Quijote

VEn este pequeño trabajo, nos hemos propuesto realizar un recorrido por la poesía que habita en la extraordinaria obra de Miguel de Cervantes, *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Hay quienes opinan que el conocido Manco de Lepanto no llenaba los requisitos para ser un buen poeta, pues aseguran que sólo en raras ocasiones se produce simultáneamente en un escritor el gran poeta y el gran novelista.

A fin de subrayar esta aseveración se trae a colación a Dante Alighieri, que su fama de magnífico poeta deja de lado el resto de su obra literaria, toda vez que *La Divina Comedia* le hace sombra fatal. Cervantes, se señala, pretendió pasar a la posteridad como poeta, pero la brillantez del Quijote hizo que aquella lo reconociera como novelista grandioso y padre de nuestro idioma.

Respecto a este tipo de merecimientos, y en el

caso del que hacer poético y de la poesía que por aquellos tiempos se denominaba heroica (octavas reales), mejor oigamos el juicio del propio Cervantes. En el capítulo IV de la segunda parte del ingenioso hidalgo, don Quijote le ruega al bachiller Sansón Carrasco, que si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer a su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que al principio de cada verso había de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos, juntando las primeras letras se leyese: “Dulcinea del Toboso” (un acróstico). El bachiller respondió que puesto que él no era de los famosos poetas que había en España, que decían que no eran sino tres y medio, que no dejaría de componer los tales metros...

Por supuesto ofrece la respuesta en el capítulo VI de la parte primera: —Que me place —respondió el barbero—. Y aquí vienen tres todos juntos: *La Araucana* de don Alonso de Ercilla, *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrato* de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.*

Todos esos tres libros —dijo el cura— son los mejores que en verso heroico en lengua castellana están escritos y pueden competir con los más famosos de Italia; guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

El medio poeta, desde nuestro escaso entender, vendría a ser el mismo Cervantes, pues en boca de don Quijote dice: y a fe que debe ser razonable poeta, o yo sé poco del arte. Esto viene a cuento en el capítulo XXXIII de la primera parte de *El ingenioso hidalgo...*, cuando don Quijote y Sancho cabalgan

* N. del E.: Para diferenciar las citas de *El Quijote* y el texto del autor sin recurrir a las engorrosas comillas, se resolvió usar tipos distintos, si bien de la misma familia.

por una parte de la Sierra Morena y se encuentran un bulto que el propio don Quijote trata de levantar. Sancho se da prisa para ayudar a su amo, pero éste ya había alcanzado con la punta del lanzón un cojín y una maleta que se encontraba asida a él, mas pesaba tanto que fue menester que Sancho se apease para tomarlos, mandándole don Quijote que viera lo que había dentro. Hízolo con mucha presteza Sancho, y, aunque la maleta venía cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido de ella vio lo que en ella había, que eran cuatro camisas de delgada holanda y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro [...] y buscando más, halló un librillo de memoria ricamente guarnecido. Como querían saber qué era lo que había acontecido con el dueño de aquella maleta, don Quijote dijo:

Veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos rastrear y venir en conocimiento de lo que deseamos. Abriole, y lo primero que halló en él, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue un soneto, que, leyéndolo alto, porque Sancho también lo oyese.

Más adelante conoceremos el soneto del caso.

—Luego ¿también —dijo Sancho— se le entiende a vuestra merced de trovas ? —Y más de lo que tú piensas— respondió don Quijote—, y verás cuando lleves una carta, escrita en verso de arriba abajo, a mi señora Dulcinea del Toboso. Porque quiero que sepas, Sancho, que todos o los más caballeros andantes de la edad pasada eran grandes trovadores y grandes músicos, que estas dos habilidades, o gracias, por mejor decir, son anexas, a los enamorados andantes. Verdad es que las coplas de los pasados caballeros tienen más de espíritu que de primor.

En la España de aquellos tiempos, existía la

costumbre de prevenir el ánimo de los lectores con muchas alabanzas, la mayor parte de ellas formuladas por los mismos autores; algo parecido a lo que sucede en nuestros días con las capillas literarias y los clubes de “me lees y te leo”, aunque en aquellas épocas, el escritor se valía por sí mismo y no por medio de otros, como es el caso de las capillitas actuales de las cuales hablamos. Pues bien, Cervantes se propuso satirizar tal costumbre, así que al inicio de don Quijote puso algunas composiciones poéticas, dedicadas no a los grandes señores, sino a los personajes y al libro mismo. Lo importante aquí es que no firmaban tales poemas otros escritores, sino que los dedicaban los propios personajes de las novelas de caballería: Urganda la Desconocida, al libro; Amadís de Gaula, don Belianís de Grecia, Orlando Furioso, el Caballero del Febo y Solidán, al Quijote; la señora Oriana, a Dulcinea del Toboso; Gandalín, escudero de armas de Amadís de Gaula, a Sancho Panza; el Donoso poeta entreverado, también a Sancho y además, a Rocinante, incluso hay un diálogo entre éste, montura del propio héroe de la triste figura, y Babieca, caballo del Cid. Quería decir con todo esto que su obra, *Don Quijote de la Mancha*, era mejor que todos los libros de caballerías.

De igual suerte que los caballeros andantes fueron menores que don Quijote, así mismo sus damas resultaron inferiores a Dulcinea del Toboso, y esto significan los versos de cabo roto Urganda la Desconocida y el soneto de la señora Oriana a Dulcinea del Toboso, damas que desempeñan un gran papel en el Amadís de Gaula, pues Urganda era la

maga protectora de Amadís, y se llamaba la Desconocida porque no era registrada con facilidad, ya que adoptaba diferentes apariencias.

**AL LIBRO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA,
URGANDA LA DESCONOCIDA**

Si de llegarte a los bue-,
libro, fueres con lectu-,
no te dirá el boquirru-,
que no pones bien los de-.
Mas si el pan no se te cue-,
por ir a manos de idio-,
verás de manos a bo-
aun no dar una en el cla-,
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-.

Y pues la experiencia ense-
que el que a buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-,
en Béjar tu buena estre-
un árbol real te ofre-
que da príncipes por fru-,
en el cual floración un du-
que es nuevo Alejandro Ma-:
llega a su sombra, que a osa-
favorece la fortu-.

De un noble hidalgo manche-
contarás las aventu-,
a quien ociosas lectu-
trastornaron la cabe-;

damas, armas, caballe-,
le provocaron de mo-
que, cual Orlando furio-,
templado a lo enamora-,
alcanzó a fuerza de bra-
a Dulcinea del Tobo-.

No indiscretos hieroglí-
estampes en el escu-,
que, cuando es todo figu-,
con ruines puntos se envi-.
Si en la dirección te humi-,
no dirá mofante algu-:
“¡Qué don Álvaro de Lu-,
qué Anibal el de Carta-,
qué rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-!”.

Pues al cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-,
hablar latines rehú-.
No me despuntes de agu-,
ni me alegues con filó-,
porque torciendo la bo-,
dirá el que entiende la le-,
no un palmo de las ore-:
“¿Para qué conmigo flo-?”.

No te metas en dibu-,
ni en saber vidas aje-,
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-,
que suelen en caperu-
darles a los que grace-;

mas tú quémate las ce-
sólo en cobrar buena fa-,
que el que imprime neceda-
dalas a censo perpe-.

Advierte que es desati-,
siendo de vidrio el teja-,
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-.

Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con pies de plo-,
que el que saca a luz pape-
para entretener donce-
escribe a tontas y a lo-.

El Juan Latino que aquí se nombra fue un etíope,
primeramente esclavo, condiscípulo en la gramática
de Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sesa, y
después liberto suyo y maestro de lengua latina en la
escuela de la iglesia de Granada.

AMADÍS DE GAULA
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Tú que imitaste la llorosa vida
que tuve, ausente y desdeñado, sobre
el gran ribazo de la Peña Pobre,
de alegre a penitencia reducida;
tú, a quien los ojos dieron la bebida

de abundante licor, aunque salobre,
y alzándote la plata, estaño y cobre,
te dio la tierra en tierra la comida,
vive seguro de que eternamente,
en tanto, al menos, que en la cuarta esfera,
sus caballos aguije el rubio Apolo,
tendrás claro renombre de valiente;
tu patria será en todas la primera;
tu sabio autor, al mundo único y solo.

Amadís de Gaula, como es sabido, es el protagonista de uno de los más importantes libros de caballerías español, escrito probablemente en el siglo XIV y reescrito por Garci Rodríguez de Montalvo en el siglo XV, quien lo publicó en 1496. En este soneto, cuando se habla de penitencia se refiere a que la penitencia del caballero es uno de los tópicos de los libros de caballerías, como la de Tristán de Leonís, la de Lancelot y la de Orlando.

**DON BELIANÍS DE GRECIA
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA**

Soneto

Rompí, corté, abollé y dije y hice
más que en el orbe caballero andante;
fui diestro, fui valiente, fui arrogante;
mil agravios vengué, cien mil deshice.

Hazañas di a la Fama que eternice;

fui comedido y regalado amante;
fue enano para mí todo gigante,
y al duelo en cualquier punto satisface.

Tuve a mis pies postrada la Fortuna,
y trajo del copete mi cordura
a la calva Ocasión al estricote.

Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
siempre se vio encumbrada mi ventura,
tus proezas envidio, ¡oh gran Quijote!

En este soneto se nombra al protagonista de la
Historia de Belianís de Grecia, libro de caballerías
de Jerónimo Fernández.

**LA SEÑORA ORIANA
A DULCINEA DEL TOBOSO**

Soneto

¡Oh, quién tuviera, hermosa Dulcinea,
por más comodidad y más reposo,
a Miraflores puesto en el Toboso,
y trocara sus Londres con tu aldea!

¡Oh, quién de tus deseos y librea
alma y cuerpo adornara, y del famoso
caballero que hiciste venturoso
mirara alguna desigual pelea!

¡Oh, quién tan castamente se escapara
del señor Amadís como tú hiciste
del comedido hidalgo don Quijote!
Que así envidiada fuera y no envidiara,

y fuera alegre el tiempo que fue triste,
y gozara los gustos sin escote.

La señora Oriana era hija del rey Lisuarte de Bretaña y
contrajo matrimonio en secreto con Amadís de Gaula;
vivía en el castillo de Miraflores, cerca de Londres.

**GANDALÍN, ESCUDERO DE AMADÍS DE GAULA,
A SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIJOTE**

Soneto

Salve, varón famoso, a quien Fortuna,
cuando en el trato escuderil te puso,
tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
que lo pasaste sin desgracia alguna.

Ya la azada o la hoz poco repugna
al andante ejercicio; ya está en uso
la llaneza escudera, con que acuso
al soberbio que intenta hollar la luna.

Envidia a tu jumento y a tu nombre,
y a tus alforjas igualmente envidia,
que mostraron tu cuerda providencia.

Salve otra vez, ¡oh Sancho!, tan buen hombre,
que solo a tú nuestro español Ovidio
con buzcorona te hace reverencia.

DEL DONOSO, POETA ENTREVERADO,

A SANCHO PANZA Y ROCINANTE

Soy Sancho Panza, escude-
del manchego don Quijo-;
Puse pies en polvo-ro-,
por vivir a lo discre-,
que el tácito Villadie-
toda su razón de esta-
cifró en una retira-,
según siente Celesti-,
libro, en mi opinión, divi-,
si encubriera más lo huma-.

A Rocinante

Soy Rocinante el famo-,
bisnieto del gran Babie-:
por pecados de flaque-,
fui a poder de un don Quijo-;
parejas corrí a lo flo-,
mas por uña de caba-
no se me escapó ceba-,
que esto saqué a Lazari-,
cuando, para hurtar el vi-
al ciego, le di la pa-.

Esto de “poeta entreverado”, según los especialistas en el Quijote, describe a alguien que escribe poemas donde mezcla cosas diversas. Algunos suponen que en este caso es una referencia a Gabriel Lobo Lasso de la Vega, que pudo haber colaborado en poemas preliminares. La segunda parte del poema, A

Rocinante, como otros de los aquí consignados, está construido con la modalidad de décimas “de cabo roto” o de “pie cortado”.

ORLANDO FURIOSO
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Si no eres par, tampoco le has tenido:
que par pudieras ser entre mil pares,
ni puede haberle donde tú te hallares,
invicto vencedor, jamás vencido.

Orlando soy, Quijote, que, perdido
por Angélica, vi remotos mares,
ofreciendo a la Fama en sus altares
aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual, que este decoro
se debe a tus proezas y a tu fama,
puesto que, como yo, perdiste el seso;
mas serlo has mío, si al soberbio moro
y cita fiero domas, que hoy nos llama
iguales en amor con mal suceso.

Orlando, como sabemos, no es otro que el personaje del poema de Ludovico Ariosto, *Orlando Furioso*, una de las obras maestras del Renacimiento, en la que se narra el amor del paladín Orlando por Angélica, en el marco de las guerras entre Carlomagno y los musulmanes. Orlando enloquece de amor por Angélica, que

prefiere como amante a Medoro.

**EL CABALLERO DEL FEBO
A DON QUIJOTE DE LA MANCHA**

Soneto

A vuestra espada no igualó la mía,
Febo español, curioso y cortesano,
ni a la alta gloria de valor mi mano,
que rayo fue do nace y muere el día,

Imperios desprecié; la monarquía
que me ofreció el Oriente rojo en vano
dejé, por ver el rostro soberano
de Claridiana, aurora hermosa mía.

Amela por milagro único y raro,
y, ausente en su desgracia, el propio infierno
temió mi brazo, que domó su rabia.

Mas vos, godo Quijote, ilustre y claro,
por Dulcinea sois al mundo eterno,
y ella, por vos, famosa, honesta y sabia.

El caballero del Febo es el protagonista de la obra de Diego Ortúñez de Calahorra, *Espejo de príncipes y caballeros*, libro escrito en el año de 1555.

DE SOLISDÁN

A DON QUIJOTE DE LA MANCHA

Soneto

Maguer, señor Quijote, que sandeces
vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
por home de obras viles y soeces.

Serán vuestras fazañas los joeces,
pues tuertos desfaciendo habéis andado,
siendo vegadas mil apaleado
por follones cautivos y raheces.

Y si a la vuesa linda Dulcinea
desaguisado contra vos comete,
ni a vuestas cuitas muestra buen talante,
en tal desmán vueso conorte sea
que Sancho Panza fue mal alcagüete,
necio él, dura ella y vos no amante.

De acuerdo con los especialistas en el Quijote, el personaje de Solisdán es desconocido, a no ser que haya sido una errata o confusión del propio Cervantes, o bien, como aseguran otros estudiosos, se trate de un anagrama o de un pseudónimo.

DÍÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE

Soneto

- B. ¿Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.
B. Andá, señor, que estáis muy mal criado,
 pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. Asno se es de la cuna a la mortaja.
 ¿Queréislo ver? Miraldo enamorado.
B. ¿Es necedad amar?
R. No es gran prudencia.
B. Metafísico estáis.
R. Es que no como.
B. Quejaos del escudero.
R. No es bastante.
 ¿Cómo me he de quejar de mi dolencia,
 si el amo y escudero o mayordomo
 son tan rocines como Rocinante?

En el Capítulo II, *Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quijote*, Cervantes narra: Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Mirole el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad; y, acomodándole en la caballeriza, volvió a ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas, que ya se habían reconciliado con él; las cuales, aunque le habían quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitalle la contrahecha celada, que traía atada

con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera y, así, se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la más graciosa y extraña figura que se pudiera pensar; y al desarmarle, como él se imaginaba que aquellas traídas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo, les dijo con mucho donaire:

—Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban de él;
princesas, del su rocino,

o Rocinante, que éste es el nombre, señoras mías, de mi caballo, y don Quijote de la Mancha el mío; que, puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepáis mi nombre antes de toda sazón; pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros.

En el Capítulo XI, *De lo que le sucedió a don Quijote*

con unos cabreros, se cuenta:

Apenas había el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó a sus oídos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañía, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si había cenado, y, respondiendo que sí, el que había hecho los ofrecimientos le dijo:

—De esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos que también por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos, y, así, te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores, que te compuso el beneficiado tu tío, que en el pueblo ha parecido muy bien.

—Que me place —respondió el mozo.

Y sin hacerse más de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y, templando su rabel, de allí a poco, con muy buena gracia, comenzó a cantar, diciendo de esta manera:

ANTONIO

—Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.

Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fue desdichado
amor que fue conocido.

Bien es verdad que tal vez,

Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma
y el blanco pecho de risco.

Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado
ni crecer por escogido.

Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.

Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.

Porque si has mirado en ello,
más de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.

Como el amor y la gala
andan un mismo camino,
en todo tiempo a tus ojos
quise mostrarme polido.

Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto
que has escuchado a deshoras
y al canto del gallo primo.

No cuento las alabanzas

que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.

Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dijo:
“Tal piensa que adora a un ángel
y viene a adorar a un jímio,
merced a los muchos dijes
y a los cabellos postizos,
y a hipócritas hermosuras,
que engañan al Amor mismo”.

Desmentila y enojose;
volvió por ella su primo,
desafiome, y ya sabes
lo que yo hice y él hizo.

No te quiero yo a montón,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que más bueno es mi designio.

Coyundas tiene la Iglesia
que son lazadas de sirgo;
pon tú el cuello en la gamella:
verás como pongo el mío.

Donde no, desde aquí juro
por el santo más bendito
de no salir de estas sierras
sino para el capuchino.

Con esto dio el cabrero fin a su canto; y aunque don Quijote
le rogó que algo más cantase, no lo consintió Sancho Panza,
porque estaba más para dormir que para oír canciones.

CAPÍTULO XIV

*Donde se ponen los versos desesperados del difunto
pastor, con otros no esperados sucesos*

CANCIÓN DE GRISÓSTOMO

Ya que quieres crüel, que se publique
de lengua en lengua y de una a otra gente
del áspero rigor tuyo la fuerza,
haré que el mismo infierno comunique
al triste pecho mío un son doliente,
con que el uso común de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo, que se esfuerza
a decir mi dolor y tus hazañas,
de la espantable voz irá el acento,
y en él mezcladas, por mayor tormento,
pedazos de las míseras entrañas.
Escucha, pues, y presta atento oído,
no al concertado son, sino al ruido
que de lo hondo de mi amargo pecho,
llevado de un forzoso desvarío,
por gusto mío sale y tu despecho.

El rugir del león, del lobo fiero
el temeroso aullido, el silbo horrendo
de escamosa serpiente, el espantable
baladro de algún monstruo, el agorero
graznar de la corneja, y el estruendo
del viento contrastado en mar instable;
del ya vencido toro el implacable
bramido, y de la viuda tortolilla
el sensible arrullar; el triste canto

del envidiado búho, con el llanto
de toda la infernal negra cuadrilla,
salgan con la doliente ánima fuera,
mezclados en un son, de tal manera,
que se confundan los sentidos todos,
pues la pena cruel que en mí se halla
para cantalla pide nuevos modos.

De tanta confusión no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,
ni del famoso Betis las olivas,
que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos,
con muerta lengua y con palabras vivas,
o ya en oscuros valles o en esquivas
playas, desnudas de contrato humano,
o adonde el sol jamás mostró su lumbre,
o entre la venenosa muchedumbre
de fieras que alimenta el libio llano.
Que puesto que en los páramos desiertos
los ecos roncacos de mi mal inciertos
suenen con tu rigor tan sin segundo,
por privilegio de mis cortos hados,
serán llevados por el ancho mundo.

Mata un desdén, atierra la paciencia,
o verdadera o falsa, una sospecha;
matan los celos con rigor más fuerte;
desconcierta la vida larga ausencia;
contra un temor de olvido no aprovecha
firme esperanza de dichosa suerte...
En todo hay cierta, inevitable muerte;

mas yo, ¡milagro nunca visto!, vivo
celoso, ausente, desdeñado y cierto
de las sospechas que me tienen muerto,
y en el olvido en quien mi fuego avivo,
y, entre tormentos, nunca alcanza
mi vista a ver en sombra a la esperanza,
ni yo, desesperado, la procuro,
antes, por extremarme en mi querella,
estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese, por ventura, en un instante
esperar y temer, o es bien hacello
siendo las causas del temor más ciertas?
¿Tengo, si el duro cielo está delante,
de cerrar estos ojos, si he de vello
por mil heridas en el alma abiertas?
¿Quién no abrirá de par en par las puertas
a la desconfianza, cuando mira
descubierto el desdén, y las sospechas,
¡oh amarga conversión!, verdades hechas,
y la limpia verdad vuelta en mentira?
¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
celos!, ponedme un hierro en estas manos.
Dame, desdén, una torcida sogá.
Mas, ¡ay de mí!, que con crüel victoria
vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero, en fin, y porque nunca espere
buen suceso en la muerte ni en la vida,
pertinaz estaré en mi fantasía.
Diré que va acertado el que bien quiere,
y que es más libre el alma más rendida

a la de amor antigua tiranía.
Diré que la enemiga siempre mía
hermosa el alma como el cuerpo tiene,
y que mi olvido de su culpa nace,
y que, en fe de los males que nos hace,
amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinión y un duro lazo,
acelerando el miserable plazo
a que me han conducido sus desdenes,
ofreceré a los vientos cuerpo y alma,
sin lauro o palma de futuros bienes.

Tú, que con tantas sinrazones muestras
la razón que me fuerza a que la haga
a la cansada vida que aborrezco,
pues ya ves que te da notorias muestras
esta del corazón profunda llaga
de cómo alegre a tu rigor me ofrezco,
si por dicha conoces que merezco
que el cielo claro de tus bellos ojos
en mi muerte se turbe, no lo hagas:
que no quiero que en nada satisfagas
al darte de mi alma los despojos;
antes con risa en la ocasión funesta
descubre que el fin mío fue tu fiesta.
Mas gran simpleza es avisarte de esto,
pues sé que está tu gloria conocida
en que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo

Tántalo con su sed; Sísifo venga
con el peso terrible de su canto;
Ticio traiga su buitre, y asimismo
con su rueda Egíón no se detenga,
ni las hermanas que trabajan tanto,
y todos juntos su mortal quebranto
trasladen en mi pecho, y en voz baja
—si ya a un desesperado son debidas—
canten obsequias tristes, doloridas,
al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja;
y el portero infernal de los tres rostros,
con otras mil quimeras y mil monstros,
lleven el doloroso contrapunto,
que otra pompa mejor no me parece
que la merece un amador difunto.

Canción desesperada, no te quejes
cuando mi triste compañía dejes;
antes, pues que la causa do naciste
con mi desdicha aumenta su ventura,
aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció a los que escuchado habían la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y la bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo:

—Para que, señor, os satisfagáis de esa duda, es

bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien él se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela, la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

En esas estaban, cuando por encima de la peña donde se cavaba la sepultura de Grisóstomo, apareció la mismísima Marcela resplandeciente de hermosura. Mas apenas la divisó, Ambrosio inició una seria reclamación hacia la bella. Fueron de verdad cosas fuertes las que recriminaba Ambrosio a Marcela, pero ella, con gran donaire y presteza, contestó:

—No vengo, ¡oh, Ambrosio!, a ninguna cosa de las que has dicho —respondió Marcela—, sino a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y, así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso

a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: “Quiérote por hermosa; hasme de amar aunque sea feo”. Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran; que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado la naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder

vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo ni a otro alguno, en fin, de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo ese desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido; ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado, desespérese aquel a quién le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí en adelante que si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere a ninguno debe dar celos, que

los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata no me sirva: el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni las buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición, y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a éste ni solicito aquél; ni burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

Y diciendo lo anterior, sin esperar respuesta, se encaminó hacia el monte, dejando admirados y maravillados a los presentes por su discreción y hermosura. Don Quijote exclamó:

—Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer a la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él es ella sola la que con tal honesta intención vive.

O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, o porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer con un epitafio que había de decir de esta manera:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió a manos del rigor
de una esquivia hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

CAPÍTULO XXIII

*De lo que le aconteció al famoso don Quijote en Sierra Morena,
que fue una de las más raras aventuras que en esta
verdadera historia se cuenta*

Aquí es donde aparece el soneto que quedó pendiente cuando don Quijote y Sancho Panza encuentran una maleta y dentro de ella un librito de memoria, el cual contenía el soneto de marras:

O le falta al amor conocimiento
o le sobra crueldad, o no es mi pena
igual a la ocasión que me condena
al género más duro de tormento.

Pero, si Amor es dios, es argumento
que nada ignora, y es razón muy buena
que un dios no sea cruel. Pues ¿quién ordena
el terrible dolor que adoro y siento?

Si digo que sois vos, Fili, no acierto,
que tanto mal en tanto bien no cabe
ni me viene del cielo esta ruina.

Presto habré de morir, que es lo más cierto:
que al mal de quien la causa no se sabe
milagro es acertar la medicina.

CAPÍTULO XXVI

*Donde se persiguen las finezas que de enamorado
hizo don Quijote en Sierra Morena*

Don Quijote no sabe si imitar a Roldán en las locuras desahoradas que hizo, o bien a Amadís en las melancólicas. Se decidió por Amadís y le vino a la memoria que este caballero lo que hacía era rezar y encomendarse a Dios cuando se sintió desdenado por su amada. Don Quijote no se sabía desdenado, pero le bastaba con estar lejos de Dulcinea para sentirse desgraciado, así que rasgó su camisa e hizo un rosario con el que se dio al rezo y a la meditación, al mismo tiempo que escribía versos sobre la corteza de los árboles y en la arena; versos acomodados a su tristeza y muchos de ellos en alabanza a Dulcinea. Estos fueron los encontrados:

Árboles, yerbas y plantas
que en aqueste sitio estáis,
tan altos, tan verdes y tantas,
si de mi mal no os holgáis,
escuchad mis quejas santas.

Mi dolor no os alborote,
aunque más terrible sea,
pues por pagaros escote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Es aquí el lugar adonde
el amador más leal
de su señora se esconde,
y ha venido a tanto mal
son saber cómo o por dónde.

Tráele amor al estricote,
que es de muy mala ralea;
y, así, hasta henchir un pipote,
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

Buscando las aventuras
por entre las duras peñas,
maldiciendo entrañas duras,
que entre riscos y entre breñas
halla el triste desventuras,
híriole amor con su azote,
no con su blanda correa,

y en tocándole el cogote
aquí lloró don Quijote
ausencias de Dulcinea
del Toboso.

No causó poca risa en los que hallaron los versos referidos el añadidura “del Toboso” al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que debió de imaginar don Quijote que si en nombrando a Dulcinea no decía también “del Toboso”, no se podría entender la copla; y así fue la verdad, como él después lo confesó.

CAPÍTULO XXVII

*De cómo salieron con su intención el cura y el barbero,
con otras cosas dignas de que se cuenten
en esta grande historia*

Porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, más son encarecimientos de poetas que verdades; y más cuando advirtieron que lo que oían cantar eran versos, no de rústicos ganaderos, sino de discretos cortesanos. Y confirmó esta verdad haber sido los versos que oyeron éstos:

¿Quién menoscaba mis bienes?
Desdenes.
¿Y quién aumenta mis duelos?
Los celos.
¿Y quién prueba mi paciencia?
Ausencia.

De ese modo, en mi dolencia
ningún remedio se alcanza,
pues me matan la esperanza
desdenes, celos y ausencia.

¿Quién me causa este dolor?

Amor.

¿Y quién mi gloria repugna?

Fortuna.

¿Y quién consiente en mi duelo?

El cielo.

De ese modo, yo recelo
morir de este mal extraño,
pues se aumentan en mi daño
amor, fortuna y el cielo.

¿Quién mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor, ¿quién le alcanza?

Mudanza.

Y sus males, ¿quién los cura?

Locura.

De ese modo, no es cordura
querer curar la pasión,
cuando los remedios son
muerte, mudanza y locura.

Esta forma estrófica, denominada “ovillejo”, fue invención del propio Cervantes.

La hora, el tiempo la soledad, la voz y la destreza del que cantaba causó admiración y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos, esperando si alguna

otra cosa oían; pero viendo que duraba un tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el músico que con tan buena voz cantaba. Y queriéndolo poner en efecto, hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo a sus oídos, cantando este soneto:

SONETO

Santa amistad, que con ligeras alas,
tu apariencia quedándose en el suelo,
entre benditas almas en el cielo
subiste alegre a las empíreas salas:

desde allá, cuando quieres, nos señalas
la justa paz cubierta con un velo,
por quien a veces se trasluce el celo
de buenas obras que a la fin son malas.

Deja el cielo, ¡oh amistad!, o no permitas
que el engaño se vista tu librea,
con que destruye a la intención sincera;

que si tus apariencias no le quitas,
presto ha de verse el mundo en la pelea
de la disorde confusión primera.

El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atención volvieron a esperar si más se cantaba; pero, viendo que la música se había vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando, al volver de una punta de una peña, vieron a un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les había pintado cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual hombre, cuando los vio, sin sobresaltarse estuvo quedo, con la cabeza inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos a mirarlos más de la vez primera, cuando de improviso llegaron.

CAPÍTULO XXXIII

Donde se cuenta la novela del “Curioso impertinente”

En esta novela incluida en el Quijote, Cervantes echa mano de versos que no son suyos, como es el caso siguiente, donde consigna algunos del poeta italiano Luigi Tansillo (1510-1568), autor de *Le lacrime de san Pietro*.

Crece el dolor y crece la vergüenza
en Pedro, cuando el día se ha mostrado,
y aunque allí no ve a nadie, se avergüenza
de sí mismo, por ver que había pecado:
que a un magnánimo pecho a haber vergüenza
no sólo ha de moverle el ser mirado,
que de sí se avergüenza cuando yerra,
si bien otro no ve que cielo y tierra.

Aconsejaba un prudente viejo a otro, padre de una doncella, que la recogiese, guardase y encerrase, y entre otras razones le dijo éstas:

Es de vidrio la mujer,
pero no se ha de probar
si se puede o no quebrar,
porque todo podría ser.
Y es más fácil el quebrarse,
y no es cordura ponerse
a peligro de romperse
lo que no puede soldarse.

Y en esta opinión estén
todos, y en razón la fundo:
que si hay Dánaes en el mundo,
hay lluvias de oro también.

En esta misma novela del *Curioso impertinente*, Lotario le dice a Anselmo, que para qué busca su deshonor, su perdición, si su esposa Camila es buena, quieta y sosegadamente la posee. Para qué quiere ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de un nuevo y nunca visto tesoro. Le dice: Mira, el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den.

Estos versos son de poeta desconocido del autor.

CAPÍTULO XXXIV

Donde se prosigue la novela del "Curioso impertinente"

Otro día, estando los tres sobre mesa, rogó Anselmo a Lotario dijese alguna cosa de las que había compuesto a su amada Clori, que, pues Camila no la conocía, seguramente podía decir lo que quisiese.

—Aunque la conociera —respondió Lotario—, no encubriera yo nada, porque cuando algún amante loa a su dama de hermosa y la nota de cruel, ningún oprobio hace a su buen crédito; pero, sea lo que fuere, lo que sé decir, que ayer hice un soneto a la ingratitud de esta Clori, que dice así:

SONETO

En el silencio de la noche, cuando
ocupa el dulce sueño a los mortales,
la pobre cuenta de mis ricos males
estoy al cielo y a mi Clori dando.

Y al tiempo cuando el sol se va mostrando
por las rosadas puertas orientales,
con suspiros y acentos desiguales
voy la antigua querella renovando.

Y cuando el sol, de su estrellado asiento
derechos rayos a la tierra envía,
el llanto crece y doblo los gemidos.

Vuelve la noche, y vuelvo al triste cuento
y siempre hallo, en mi mortal porfía,
al cielo sordo, a Clori sin oídos.

Bien le pareció el soneto a Camila, pero mejor a Anselmo, pues le alabó y dijo que era demasiado cruel la dama que a tan claras verdades no correspondía. A lo que dijo Camila:

—Luego ¿todo aquello que los poetas enamorados dicen es verdad?

—En cuanto poetas, no la dicen —respondió Lotario— mas en cuanto enamorados, siempre quedan tan cortos como verdaderos.

Camila, sin entender que ella era la verdadera Clori de Lotario, y ya enamorada de éste, le pide que, por favor, le diga otros versos, si es que los sabe. Ante esta solicitud, Lotario le dice que sí, que tiene otros, pero quizá no tan buenos como los primeros, y le pide que los juzgue:

SONETO

Yo sé que muero, y si no soy creído,
es más cierto el morir, como es más cierto
verme a tus pies, ¡oh bella ingrata!, muerto,
antes que de adorarte arrepentido.

Podré yo verme en la región del olvido,
de vida y gloria y de favor desierto,
y allí verse podrá en mi pecho abierto
como tu hermoso rostro está esculpido.

Que esta reliquia guardo para el duro
trance que me amenaza mi porfía,
que en tu mismo rigor se fortalece.

¡Ay de aquel que navega, el cielo oscuro,
por mar no usado y peligrosa vía,
adonde norte o puerto no se ofrece!

CAPÍTULO XL

Donde se prosigue la historia del cautivo

Según nos dice Martín de Riquer, el relato del cautivo es otra historia intercalada en las aventuras de don Quijote; pero así como la novela del *Curioso impertinente* es totalmente ajena a la narración y sólo la une a la trama general el hecho de ser leída en la venta, y tiene características de algunas de las *Novelas ejemplares*, el relato del cautivo se integra más en el *Quijote* por tratarse de las aventuras de uno de los personajes que intervienen, aunque de un modo muy marginal, en la acción. Hay en ella algo de autobiográfico y muchas observaciones de primera mano, por haber sido también Cervantes cautivo; pero representa sobre todo un tributo al uso de algunos novelistas de entonces, que creían dar variedad y riqueza a la fábula interponiendo narraciones bien dispares a su género y ambiente.

SONETO

Almas dichosas, que del mortal velo
libres y exentas, por el bien que obrastes,
desde la tierra os levantastes
a lo más alto y lo mejor del cielo,
y, ardiendo en ira y en honroso celo,
de los cuerpos la fuerza ejercitastes,
que en propia y sangre ajena colorastes
el mar vecino y arenoso suelo:

primero que el valor faltó la vida
en los cansados brazos, que, muriendo,
con ser vencidos, llevan la victoria;
y esta vuestra mortal, triste caída
entre el muro y el hierro, os va adquiriendo
fama que el mundo os da, y el cielo gloria.

SONETO

De entre esta tierra estéril, derribada,
de estos terrones por el suelo echados,
las almas santas de tres mil soldados
subieron vivas a mejor morada,
siendo primero en vano ejercitada
la fuerza de sus brazos esforzados,
hasta que al fin, de pocos y cansados,
dieron la vida al filo de la espada.

Y éste es el suelo que continuo ha sido
de mil memorias lamentables lleno
en los pasados siglos y presentes.

Mas no más justas de su duro seno
habrán al claro cielo almas subido,
ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cautivo se alegró con
las nuevas que de su camarada le dieron.

CAPÍTULO XLIII

*Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas,
con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos*

—Marinero soy de amor
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar a puerto alguno.

Siguiendo voy a una estrella
que desde lejos descubro,
más bella y resplandeciente
que cuantas vio Palinuro.

Yo no sé adónde me guía
y, así, navego confuso,
el alma a mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso,
son nubes que me la encubren
cuando más verla procuro.

¡Oh clara y luciente estrella
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

—Habláis de modo, señora Clara, que no puedo entenderos: declaraos más y decidme qué es lo que decís de alma y de lugares y de este músico cuya voz tan inquieta os tiene... Pero no me digáis nada por ahora, que no quiero perder, por acudir a vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oír al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna a su canto:

—Dulce esperanza mía,
que rompiendo imposibles y malezas
sigues firme la vía
que tú misma te finges y aderezas:
no te desmaye el verte
a cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
honrados triunfos ni victoria alguna,
ni pueden ser dichosos
los que, no contrastando a la fortuna,
entregan desvalidos
al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón y es trato justo,
pues no hay más rica prenda
que la que se quilata por su gusto,
y es cosa manifiesta
que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
tal vez alcanzan imposibles cosas;
y, así, aunque con las mías
sigo de amor las más dificultosas,
no por eso recelo
de no alcanzar desde la tierra el cielo.

CAPÍTULO LII

*De la pendencia que don Quijote tuvo con el cabrero,
con la rara aventura de los disciplinantes,
a quien dio felice fin a costa de su sudor*

Téngase en cuenta que lo que aquí sigue es pura galanura; no hubo nunca tal Academia de Argamasilla, y los fantásticos nombres de los académicos no son, que se sepa, alusión a persona determinada:

*Los académicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha,
en vida y muerte del valeroso don Quijote
de la Mancha, "hoc scripserunt"*

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, A LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE

Epitafio

El calvatroeno que adornó a la Mancha
de más despojos que Jasón de Creta;
el jüicio que tuvo la veleta
aguda donde fuera mejor ancha;
el brazo que su fuerza tanto ensancha,
que llegó del Catay hasta Gaeta;
la musa más horrenda y más discreta
que grabó versos en broncínea plancha;
el que a cola dejó los Amadises
y en muy poquito a Galaores tuvo,
estribando en su amor y bizarría;

el que hizo callar los Belianises,
aquel que en Rocinante errando anduvo,
yace debajo de esta losa fría.

**DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,
“IN LAUDEM DULCINEAE DEL TOBOSO”**

Soneto

Esta que veis de rostro amondongado,
alta de pechos y ademán brioso,
es Dulcinea, reina del Toboso,
de quien fue el gran Quijote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
de la gran Sierra Negra y el famoso
campo de Montiel, hasta el herboso
llano de Aranjuez, a pie y cansado

(culpa de Rocinante). ¡Oh dura estrella!,
que esta manchega dama y este invito
andante caballero, en tiernos años,
ella dejó, muriendo, de ser bella,
y él, aunque queda en mármores escrito,
no pudo huir de amor, iras y engaños.

**DEL CAPRICHO, DISCRETÍSIMO ACADÉMICO
DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE,
CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA**

Soneto

En el soberbio trono diamantino
que con sangrientas plantas huella Marte,
frenético el Manchego su estandarte
tremola con esfuerzo peregrino,
 cuelga las armas y el acero fino
con que destroza, azuela, raja y parte...
¡Nuevas proezas!, pero inventa el arte
un nuevo estilo al nuevo paladino.

Y si de su Amadís se precia Gaula,
por cuyos bravos descendientes Grecia
triunfó mil veces y su fama ensancha,
 hoy a Quijote le corona el aula
do Belona preside, y de él se precia,
más que Grecia ni Gaula, la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido mancha,
pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
excede a Brilladoro y a Bayardo.

**DEL BURLADOR,
ACADÉMICO ARGAMASILLESICO,
A SANCHO PANZA**

Soneto

Sancho Panza es aquéste, en cuerpo chico,
pero grande en valor, ¡milagro extraño!,
escudero el más simple y sin engaño
que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser conde no estuvo en un tantico,
si no se conjuraran en su daño
insolencias y agravios del tacaño
siglo, que aun no perdonan a un borrico.

Sobre él anduvo (con perdón se miente)
este manso escudero, tras el manso
caballo Rocinante y tras su dueño.

¡Oh vanas esperanzas de la gente,
cómo pasáis con prometer descanso
y al fin paráis en sombra, en humo, en sueño!

**DEL CACHIDIABLO, ACADÉMICO
DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA
DE DON QUIJOTE**

Epitafio

Aquí yace el caballero
bien molido y malandante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
yace también junto a él,
escudero el más fiel
que vio el trato de escudero.

**DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA,
EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO**

Epitafio

Reposa aquí Dulcinea
y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.

Fue de castiza ralea
y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fue llama
y fue gloria de su aldea.

Éstos fueron los versos que se pudieron leer, los demás, por estar carcomida la letra, se entregaron a un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia de que lo ha hecho, a costa de muchas vigiliass y mucho trabajo, y que tiene intención de sacallos a luz, con esperanza de la tercera salida de don Quijote.

*Forse altro canterà con miglior plectro.**

* Quizá otro cantará con mejor plectro (o con mejor pluma).

Segunda parte del Quijote

CAPÍTULO XII

*De la extraña aventura que le sucedió al valeroso don Quijote
con el bravo Caballero de los Espejos*

Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y don Quijote, dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo había pasado, cuando le despertó un ruido que sintió a sus espaldas, y, levantándose con sobresalto, se puso a mirar y a escuchar de dónde el ruido procedía, y vio que eran dos hombres a caballo, y que el uno, dejándose derribar de la silla, dijo al otro:

—Apéate, amigo, y quita los frenos a los caballos, que a mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que han de menester mis amorosos pensamientos.

Don Quijote le dijo a Sancho que se preparara, porque parecía que tendrían aventura con la llegada de esos dos caballeros, porque imaginaba que también eran andantes.

—No quiero yo decir —respondió don Quijote— que ésta sea aventura del todo, sino principio de ella, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que a lo que parece templando está un laúd o vihuela, y, según escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo.

—A buena fe que es así —respondió Sancho— y que debe de ser caballero enamorado.

—No hay ninguno de los andantes que no lo sea —dijo don Quijote—. Y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del corazón habla la lengua.

Replicar quería Sancho a su amo, pero la voz del Caballero del Bosque, que no era ni muy mala ni muy buena, lo estorbó, y estando los dos atónitos, oyeron que lo que cantó fue este

SONETO

—Dadme, señora, un término que siga,
conforme a vuestra voluntad cortado,
que será de la mía así estimado,
que por jamás un punto de él desdiga.

Si gustáis que callando mi fatiga
muera, contadme ya por acabado;
si queréis que os la cuente en desusado
modo, haré que el mismo amor lo diga.

A prueba de contrarios estoy hecho,
de blanda cera y de diamante duro,
y a las leyes de amor el alma ajusto.

Blando cual es o fuerte, ofrezco el pecho:
entallad o imprimid lo que os dé gusto,
que de guardarlo eternamente juro.

Con un ¡ay! arrancado, al parecer, de lo íntimo de su corazón, dio fin a su canto el Caballero del Bosque, y de allí a un poco, con voz doliente y lastimada, dijo:

—¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! ¿Cómo que será posible, serenísima Casildea de Vandalia, que has de consentir que se consuma y acabe en continuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero?

CAPÍTULO XVIII

De lo que sucedió a don Quijote en el castillo o casa del Caballero del Verde Gabán, con otras cosas extravagantes

Levantados, pues, los manteles, y dadas las gracias a Dios y agua a las manos, don Quijote pidió ahincadamente a don Lorenzo dijese los versos de la justa literaria, a lo que él respondió que, por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan que digan sus versos los niegan y cuando no se los piden los vomitan, “yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno; que sólo por ejercitar el ingenio la he hecho”.

—Un amigo y discreto —respondió don Quijote— era de parecer que no se había de cansar nadie en glosar versos, y la razón, decía él, era que jamás la glosa podía llegar al texto, y que muchas o las más veces iba la glosa fuera de la intención y propósito de lo que pedía lo que se glosaba, y más, que las leyes de la glosa eran demasiadamente estrechas, que no sufrían interrogantes, ni *dijo*, ni *diré*, ni hacer nombres de verbos, ni mudar el sentido, con otras ataduras y estrechezas con que van atados los que glosan, como vuestra merced debe saber.

Verdaderamente señor don Quijote —dijo don Lorenzo—, que deseo coger a vuestra merced en un mal latín continuado, y no puedo, porque se me desliza de entre las manos como anguila.

—No entiendo —respondió don Quijote— lo que vuestra merced dice ni quiere decir en eso del deslizarme.

—Yo me daré a entender —respondió don Lorenzo—, y por ahora esté vuesa merced atento a los versos glosados y a la glosa, que dicen de esta manera:

¡Si mi *fue* tornase a es,
sin esperar más *será*,
o viniese el tiempo ya
de lo que será después...!

Glosa

Al fin, como todo pasa,
se pasó el bien que me dio
fortuna, un tiempo no escasa,
y nunca me le volvió,
ni abundante ni por tasa.
Siglos ha ya que me ves,
fortuna, puesto a tus pies:
vuélveme a ser venturoso,
que será mi ser dichoso
si mi fue tornase a es.

No quiero otro gusto o gloria,
otra palma o vencimiento,
otro triunfo, otra victoria,
sino volver al contento

que es pesar en mi memoria.
Si tú me vuelves allá,
fortuna, templado está
todo el rigor de mi fuego,
y más si este bien es luego,
sin esperar más será.

Cosas imposibles pido,
pues al volver el tiempo a ser
después que una vez ha sido,
no hay en la tierra poder
que a tanto se haya extendido.
Corre el tiempo, vuela y va
ligero, y no volverá,
y erraría el que pidiese,
o que el tiempo ya fuese
o viniese el tiempo ya.

Vivir en perpleja vida,
ya esperando, ya temiendo,
es muerte muy conocida,
y es mucho mejor muriendo
buscar al dolor salida.
A mí me fuera interés
acabar, mas no lo es,
pues, con discurso mejor,
me da la vida el temor
de lo que será después.

Terminando de decir su glosa don Lorenzo, don Quijote se levantó, lo abrazó y le dijo que era el mejor poeta del orbe y que merecía estar laureado, y le

pidió que, por favor, le dijera algunos versos mayores, porque quería tomar todo el pulso a su admirable genio. A pesar de que don Lorenzo tachaba de loco a don Quijote, la adulación de éste hizo su efecto y don Lorenzo se dispuso a cantarle este soneto sobre la fábula de Píramo y Tisbe:

SONETO

El muro rompe la doncella hermosa
que de Píramo abrió el gallardo pecho;
parte el Amor de Chipre y va derecho
a ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa
la voz entrar por tan estrecho estrecho;
las almas sí, que amor suele de hecho
facilitar la más difícil cosa.

Salió el deseo de compás, y el paso
de la imprudente virgen solicita
por su gusto su muerte. Ved qué historia:

que a entrambos en un punto, ¡oh extraño caso!,
los mata, los encubre y resucita
una espada, un sepulcro, una memoria.

—Bendito sea Dios —dijo don Quijote habiendo oído el soneto a don Lorenzo—, que entre los infinitos poetas consumidos que hay he visto un consumado poeta, como lo es vuesa merced, señor mío, que así me lo da a entender el artificio de este soneto!

CAPÍTULO XX

*Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico,
con el suceso de Basilio el pobre*

Comenzaba la danza Cupido, y, habiendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponía entre las almenas del castillo, a la cual de esta suerte dijo:

—Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra
y en el ancho mar undoso
y en cuanto el abismo encierra
en su bátratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo y retiróse a su puesto. Salió luego el Interés y hizo otras dos mudanzas; callaron los tamborinos y él dijo:

—Soy quien puede más que Amor,
y es Amor el que me guía;
soy de la stirpe mejor
que el cielo en la tierra cría,
más conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien
pocos sueles obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro,
por siempre jamás, amén.

Retirose el Interés y hízose adelante la Poesía, la cual, después de haber hecho sus mudanzas como los demás, puestos los ojos en la doncella del castillo, dijo:

—En dulcísimos concetos,
la dulcísima Poesía,
altos, graves y discretos,
señora, el alma te envía
envuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna
mi porfía, tu fortuna,
de otras muchas envidiada,
será por mí levantada
sobre el cerco de la luna.

Desviose la Poesía, y de la parte del Interés salió la Liberalidad y, después de hechas sus mudanzas, dijo:

—Llaman Liberalidad
al dar que el extremo huye
de la prodigalidad
y del contrario, que arguye
tibia y floja voluntad.
Mas yo, por te engrandecer,
de hoy más pródiga he de ser:
que aunque es vicio, es vicio honrado
y de pecho enamorado,
que en el dar se echa de ver.

De este modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada uno hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegante y algunos ridículos, y sólo tomó de memoria don Quijote, que la tenía grande, los ya referidos.

CAPÍTULO XXXV

*Donde se prosigue la noticia que tuvo don Quijote
del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos*

Alzada y puesta en pie esta muerte viva, con voz algo dormida y con lengua no muy despierta, comenzó a decir de esta manera:

—Yo soy Merlín, aquel que las historias dicen que tuve por mi padre al diablo —mentira autorizada de los tiempos—, príncipe de la mágica y monarca y archivo de la ciencia zoroástrica, émulo a las edades y a los siglos que solapar pretenden las hazañas de los andantes bravos caballeros, a quien yo tuve y tengo gran cariño. Y puesto que es de los encantadores, de los magos o mágicos continuo dura la condición, áspera y fuerte, la mía es tierna, blanda y amorosa, y amiga de hacer bien a todas gentes.

En las cavernas lóbregas de Dite, donde estaba mi alma entretenida en formar ciertos rombos y caracteres, llegó la voz doliente de la bella y sin par Dulcinea del Toboso. Supe su encantamiento y su desgracia, y su transformación de gentil dama en rústica aldeana; condolime, y encerrando mi espíritu en el hueco de esta espantosa y fiera notomía,

después de haber revuelto cien mil libros
de esta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo a dar el remedio que conviene
a tamaño dolor, a mal tamaño.

¡Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guía
de aquellos que, dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas, se acomodan
a usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas!
A ti dio, ¡oh varón como se debe
por jamás alabado!, a ti, valiente
juntamente y discreto don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso
es menester que Sancho tu escudero
se dé tres mil azotes y trescientos
en ambas sus valientes posaderas,
al aire descubiertas, y de modo,
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en eso se resuelven todos cuantos
de su desgracia han sido los autores,
y a esto es mi venida, mis señores.

¡Voto a tal! —dijo a esta sazón Sancho—. No digo yo tres mil
azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. ¡Válate el
diablo por modo de desencantar! ¡Yo no sé que tienen que ver
mis posas con los encantos! ¡Par Dios que si el señor Merlín
no ha hallado otra manera como desencantar a la señora
Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir a la sepultura!

CAPÍTULO XLIV

*Cómo Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de la extraña
aventura que en el castillo sucedió a don Quijote*

Y en esto se sintió tocar una harpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó don Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron a la memoria las infinitas aventuras semejantes a aquélla, de ventanas, rejas y jardines, músicas, requiebros, y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías había leído. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba de él enamorada, y que la honestidad la forzaba a tener secreta su voluntad; temió no le rindiese y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; u encomendándose de todo buen ánimo y buen talante a su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar a entender que allí estaba dio un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que don Quijote las oyese. Recorrida, pues, y afinada la harpa, Altisidora dio principio a este romance:

—¡Oh tú, que estás en tu lecho,
entre sábanas de holanda,
durmiendo a pierna tendida
de la noche a la mañana,
caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arabia!

Oye a una triste doncella
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras
y ajenas desdichas hallas;
das las heridas y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso joven,
que Dios prospere tus ansias,
si te criaste en la Libia
o en las montañas de Jaca,
si sierpes te dieron leche,
si a dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas.

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
a un tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
desde Henares a Jarama,
desde el Tajo a Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

Trocárame yo por ella
y diera encima una saya
de las más gayadas mías,
que de oro le adornan franjas.

¡Oh, quién se viera en tus brazos
o, si no, junto a tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte,
que a una humilde esto le basta.

¡Oh, qué de cofias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de Holanda!

¡Qué de finísimas perlas,
cada cual como una agalla,
que a no tener compañeras
“las solas” fueran llamadas!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Nerón manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela tierna;
mi edad de quince no pasa:
catorce tengo y tres meses,
te juro por dios y en mi ánima.

No soy renca, ni soy coja,
ni tengo nada de manca;
los cabellos, como lirios,
que, en pie, por el suelo arrastran;
y aunque es mi boca aguileña
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topacios
mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz, ya ves, si me escuchas,
que a la que es más dulce iguala,
y soy de disposición
algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mías
son despojos de tu aljaba;
de esta casa soy doncella
y Altisidora me llaman.

Aquí dio fin el canto de la malferida Altisidora y comenzó el asombro del requerido don Quijote, el cual, dando un gran suspiro, dijo entre sí: “¡Que tengo de ser tan desdichado andante que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore! ¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso que no la han de dejar a solas gozar de la incomparable firmeza mía!”.

CAPÍTULO XLVI

*Del temeroso espanto cenceril y gatuno que recibió don Quijote
en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora*

Halló don Quijote una vihuela en su aposento. Templola, abrió la reja y sintió que andaba gente en el jardín; y habiendo recorrido los trastes de la vihuela y afinádola lo mejor que supo, escupió y remondose el pecho, y luego, con una voz ronquilla aunque entonada, cantó el siguiente romance, que él mismo aquel día había compuesto:

—Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio a las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar
y el estar siempre ocupada
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

Las doncellas recogidas
que aspiran a ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.

Los andantes caballeros
y los que en la corte andan
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partirse acaban.

El amor recién venido,
que hoy llegó y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura
ni se muestra ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo
que es imposible borrarla.

La firmeza en los amantes
es la parte más preciada,
por quien hace amor milagros
y a sí mismo los levanta.

Aquí llegaba don Quijote de su canto, a quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso, desde encima de un corredor que sobre la reja de don Quijote a plomo caía, descolgaron un cordel donde venían más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traían cencerros menores atados a las colas.

Fue tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habían sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y, temeroso don Quijote, quedó pasmado.

CAPÍTULO LVII

*Que trata de cómo don Quijote se despidió del duque
y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta
Altisidora, doncella de la duquesa*

Estando, como queda dicho, mirándole todos, a deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora y en son lastimero dijo:

—Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas
de tu mal regida bestia.

Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla
que está muy lejos de oveja.

Tú has burlado, monstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Dïana vio en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.

*Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

Tú llevas, ¡llevar impío!,
en las garras de tus cerras
las entrañas de una humilde,
como enamorada, tierna.

Llévaste tres tocadores
y unas ligas de unas piernas
que al mármol paro se igualan
en lisas, blancas y negras.

Llévaste dos mil suspiros,
que a ser de fuego pudieran
abrasar a dos mil Troyas,
si dos mil Troyas hubiera.

*Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

De ese Sancho tu escudero
las entrañas sean tan tercas
y tan duras, que no salga
de su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes
lleve la triste la pena,
que justos por pecadores
tal vez pagan en mi tierra.

Tus más finas aventuras
en desventuras se vuelvan,
en sueños tus pasatiempos,
en olvidos tus firmezas.

*Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

Seas tenido por falso
desde Sevilla a Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Londres a Ingalaterra.

Si jugares al reinado,
los cientos o la primera,
los reyes huyan de ti,
ases ni siete no veas.

Si te cortares los callos,
sangre las heridas viertan,
y quédense los raigones,
si te sacares las muelas.

*Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.*

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando don Quijote y, sin responderla palabra, volviendo el rostro a Sancho le dijo:

—Por el siglo de tus pasados, Sancho mío, te conjuro que me digas una verdad. Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió:

—Los tres tocadores sí llevo, pero las ligas, como por los cerros de Úbeda.

CAPÍTULO LXVIII

De la cerdosa aventura que le aconteció a don Quijote

Don Quijote, arrimado a un tronco de una haya, o de un alcornoque (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era), al son de sus mismos suspiros cantó esta suerte:

—Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das terrible y fuerte,
voy corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
mas en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza, y no le paso.
Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

CAPÍTULO LXIX

*Del más raro nuevo suceso que en todo el discurso
de esta grande historia avino a don Quijote*

Comenzó en esto a salir al parecer debajo del túmulo un son sumiso y agradable de flautas, que no por ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio a sí mismo, se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra, junto a la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido a lo romano, que al son de una harpa que él mismo tocaba cantó con suavísima y clara voz estas dos estancias:

—En tanto que en sí vuelve Altisidora,
muerta por la crueldad de don Quijote,
y en tanto que en la corte encantadora
se vistieren las damas de picote,
y en tanto que a sus dueñas mi señora

vistiere de bayeta y anascote,
cantaré su belleza y su desgracia,
con mejor plectro que el cantor de Tracia.

Y aun no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida,
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca,
por el estigio lago conducida,
celebrándote irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

CAPÍTULO LXXIV

*De cómo don Quijote cayó malo y del testamento
que hizo y su muerte*

Déjense de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama
de don Quijote, los nuevos epitafios de su sepultura, aunque
Sansón Carrasco le puso éste:

Yace aquí el hidalgo fuerte
que a tanto extremo llegó
de valiente, que se advierte
que la muerte no triunfó
de su vida con su muerte.

Tuvo a todo el mundo en poco,
fue el espantajo y el coco
del mundo, en tal coyuntura,
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma: “Aquí quedarás colgada de esta espetera y de este hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero antes que a ti lleguen, les puedes advertir y decirles en el mejor modo que pudieres:

—¡Tate, tate, folloncitos!
De ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buen rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan a gusto y beneplácito de las gentes a cuya noticia llegaron, así en éstos como en los extraños reinos. —Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los

hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero don Quijote van ya tropezando y han de caer del todo sin duda alguna”. *Vale*.

Unas últimas palabras

Si bien, como sostienen los especialistas, el genio de Cervantes no se refleja en su poesía, creemos que no por ello debemos pasarla por alto. En particular la que acompaña a la obra del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, pues manifiesta singularidades que difícilmente se encuentran en alguna otra obra de la literatura castellana. La poesía que aparece en el Quijote está llena de gracia, de intención, de malicia, de deseos de subrayar, mediante el verso, algunos momentos cruciales en el desarrollo de la monumental novela. Además, Cervantes, como poeta, tiene momentos de belleza y de gran decoro. Por otra parte, no se puede perder de vista el conocimiento que poseía de la estructura del verso. Las corrientes cultas y aristocráticas se reflejan en la obra poética de nuestro autor —existen algunos poemas sueltos que escribe desde su juventud—. Pero, al mismo tiempo, intercala sonetos perfectamente medidos, echa mano del endecasílabo, para decir con pulcritud lo que anhela. De igual modo, alternan letrillas y romances octosilábicos que recogen la

tradición popular española, y no le va a la zaga el uso de la silva, o bien la forma estrófica denominada *ovillejo*, que al parecer fue invención del propio don Miguel de Cervantes Saavedra.

Seguramente, con este trabajo, no agregamos nada nuevo al conocimiento de la genial obra de Cervantes, mas lo que nos propusimos —como mínimo homenaje de la celebración del cuatrocientos aniversario de la publicación de la primera parte del Quijote— fue reunir en un solo texto el conjunto del esfuerzo poético de Cervantes en *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*.

El autor

Epílogo

La lectura de poesía va cayendo en desuso. *En el pasado, en la época de mi abuela, cuando los Contemporáneos disputaban con los nacionalistas, la gente conocía a sus poetas y los amaba*, afirma el poeta Javier Sicilia, y continúa desarrollando una argumentación acerca de qué sentido tiene leer poesía en la actualidad: *muy pocos eran, entre las clases con mediana formación, quienes no sabían un poema de memoria de Nervo, de González Martínez, incluso de los jóvenes: Novo o Villaurrutia, por ejemplo. Era una cultura que, como vestigio de las sociedades clásicas o vernáculas en donde se recitaba en las plazas, se compartía aún de viva voz en las reuniones, como hoy se canta a Juan Gabriel o, en las reuniones de mayor cultura, a Silvio Rodríguez o a Pablo Milanés.* Yo tengo para mí que este fenómeno, entre muchas otras cosas, se debe a la sociedad económica. Una sociedad económica es aquella que ha sustituido la profundidad de las relaciones humanas y de lo sagrado por formas

meramente económicas. La economía, como una realidad basada en la producción y adquisición de cosas que satisfagan la inmediatez de nuestros deseos más epidérmicos, se ha vuelto la condición y la realidad de nuestras vidas: el *Homo economicus* quiere cosas y formas de percepción inmediata que no alteren su sentido del bienestar, y ocurre que la poesía pertenece al territorio de esa alteración. No sólo su lectura, sino su lectura pública implica un ejercicio del espíritu que, alienado por el mundo, la vuelve inaccesible al *Homo economicus*: “No lo entiendo”, “me aburre”, se oye decir con frecuencia. Porque la poesía exige un desarrollo de la conciencia de lo real y del lenguaje que expresa la complejidad de una forma que es expresión de la complejidad de lo real que aborda.

Este desarrollo es mayor conforme el asunto del misterio poético y su expresión tocan registros muy amplios de la realidad, ya no en su dimensión económica, sino en sus vínculos con lo interior, con lo espiritual, con lo que de fondo hay en la vida humana y en la existencia. ¿Implica esto que la poesía desaparecerá de la cultura humana? No lo creo. El hombre es siempre más grande que su imbecilidad. Pero, para volver a recuperarla, es necesario que creemos una sociedad en donde los elementos materiales de la economía vuelvan a su proporción, es decir, sean limitados y apropiados a la complementariedad de todos los ámbitos del ser. Limitar la sociedad económica es devolverle al hombre su dimensión con la realidad y, por ello mismo, devolverle el ejercicio de la lectura de poesía que es una

de las expresiones más perfectas de la relación de profundidad que el hombre guarda con lo real.

Las palabras entrelazándose, esa cadencia en el movimiento, la precisión en el gesto... Lo mismo de siempre en un nuevo orden que contiene una señal esperada, un mensaje, una clave, una manera de decir que nos perturba y orienta, que nos atraviesa y consuela. El poema sólo puede ser desde su materialidad. Y nos hacemos presentes mediante la lectura. Y sea cual sea la lectura que el futuro vaya exigiendo, la lectura será expresión de la supervivencia de la gran literatura del pasado como algo perfectamente vivo, intelectualmente estimulante y espiritualmente provechoso.

La poesía, como género literario cultivado por Cervantes, ocupa el último lugar en el enjuiciamiento de su obra literaria, aunque no lo es, como se ha sostenido, que él mismo se juzgara un pésimo poeta. Su consideración elevada de la poesía aparece reiterada a lo largo de toda su creación. En cuanto a los famosos versos del *Viaje del Parnaso*, en los que dice afanarse y desvelarse por parecer que tiene de poeta la gracia que no quiso darle el cielo, se han sacado de contexto, pues, inmersos en él, no expresan tan manifiesto reconocimiento de inferioridad poética como parece.

Por otra parte, los juicios negativos de un poeta contemporáneo a Cervantes como Lope de Vega, considerándolo mal poeta, resultan parciales, a causa de la proverbial enemistad de Lope y don Miguel. Nadie que haya leído a Cervantes pone en duda que haya sido tocado por el estro de la Poesía, allí está *La Galatea*, gran libro de poeta que testifica

la capacidad de Cervantes en tal género. Sin embargo, la creación poética independiente de Cervantes se reduce a tan menguada muestra, apenas llega a la decena de poemas, que no es de extrañar, que ni él mismo ni sus coetáneos los dispusieran para la impresión, y que esto influyera también en la creación del juicio negativo hacia el Cervantes poeta. Hay que considerar también que lo puramente lírico está casi ausente de los poemas cervantinos, sin embargo, lo narrativo épico, lo narrativo irónico, presentan momentos muy acabados de la poesía. Y, sin menospreciar la estima que merecen los versos intercalados en las novelas, lo cierto es que Cervantes no sintió la necesidad de independizarlos, cosa que sí hizo con unos pocos, nada líricos, por cierto. Ellos, y la estima de su carácter autónomo, muestran, en efecto, que sólo es un gran poeta cuando el tema se acerca a lo narrativo, esto es, cuando se aproxima a sus preocupaciones literarias fundamentales, a las que hicieron de él el mayor novelista español que han visto los siglos. Leemos para saber que no estamos solos, para conocer otras vidas, acercarnos a otros mundos y a otras culturas, sentir nuevas emociones e intensificar las ya vividas y comprender algo mejor las inquietudes del género humano. La experiencia lectora es inagotable por la capacidad de elección entre la enorme riqueza que atesoran los libros.

En el capítulo XVII de la Segunda Parte de *El Quijote*, la de 1615, el caballero manchego le pregunta a su escudero: “¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo será

imposible". Tal ocurre con el encomiable trabajo intelectual de Francisco Morosini, quien incluso en periodo convaleciente es capaz de dar lecciones de ánimo y esfuerzo para entregarnos esta clave de lectura de la grande obra cervantina considerando la presencia de la poesía en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Vámonos leyendo de nuevo la presencia poética en las historias quijotesacas que supo integrar Francisco Morosini para celebrar, en el aniversario 400 de la edición de *El Quijote* de 1605, uno de los aspectos menos favorecidos por la crítica en la afamada obra cervantina.

*Y con esto,
atento lector, como escribiera el propio don Miguel
de Cervantes,
Dios te dé salud, y a mí no me olvide. Vale.*

José Luis Martínez Suárez

Noticia bibliográfica

Para la redacción de este texto se tomó como obra fundamental *Don Quijote de la Mancha*, la edición del IV Centenario de la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, México, impreso en el año 2004. Del mismo modo, se tuvo a la vista las ediciones de *Don Quijote* de Juventud, con más de dos mil notas de Martín de Riquer; Porrúa, con prólogo y esquema biográfico de Américo Castro; Castalia en dos tomos, con introducción, notas y llamadas de atención a cargo de Florencio Sevilla Arroyo; Espasa-Calpe en su colección Austral, año de 1960, y de Editores Mexicanos Unidos.

Por otra parte, se consultaron los libros: de Gregorio Mayans y Siscar, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1972, edición, prólogo y notas de Antonio Mestre; de Jean Cassou, *Cervantes un hombre y una época*, editorial siglo XX, Buenos Aires, 1958; de Hans-Jörg Neuschäfer, *La ética del Quijote*, editorial Gredos, Madrid, 1999.

El tiraje consta de 2000 ejemplares y se terminó de imprimir en los talleres de PROAGRAF, S.A. de C.V., en el mes de mayo de 2009, siendo Gobernador del Estado el licenciado Fidel Herrera Beltrán.

COLECCIÓN / MOROSINI

El Tajín: voces y silencios

Retazos de la naturaleza

Uno, dos, tres por mí y
por todos mis compañeros

Con la recopilación de *La poesía en el Quijote*, Francisco Morosini nos impele a revalorar esta vertiente a menudo relegada de la producción cervantina, y es que la obra narrativa de Cervantes proyecta una descomunal sombra. Puestos así, en conjunto, uno tras otro, los poemas que aparecen en *El Quijote* adquieren relevancia propia que, paso a paso, con las notas y de la mano de Morosini, desentrañamos gustosos.



VERACRUZ
GOBIERNO DEL ESTADO



Secretaría
de Educación